

## Al margen de las insurrecciones

= Envío del autor. =

Agosto y setiembre, han sido meses fe-  
cundos en sucesos políticos, más o menos  
dramáticos, en la América del Sur. El le-  
vantamiento de Bolivia fue seguido de dos  
movimientos, más sensacionales. Los gobiernos  
del Perú y la Argentina, aparentemente fuer-  
tes, cayeron uno después de otro. En ambos  
países, como en Bolivia antes, juntas provisio-  
nales de gobierno, más o menos militares, han  
asumido la misión de comités de salud públi-  
ca. Las revoluciones en los tres países citados  
han tenido semejante carácter: no han sido  
revoluciones de sentido social. Su fisonomía  
popular fue muy marcadamente dirigida contra  
los gobiernos que usurpaban funciones y ejer-  
cían injustificable dictadura.

La opinión pública tanto en Bolivia, como  
en el Perú y en la Argentina, estaba prepara-  
da. Cabe, sí, una diferencia relacionada con la  
realidad social y económica de cada uno de  
los países convulsionados. En Bolivia y en el  
Perú, los gobiernos de Siles y Leguía habían  
colocado en una situación casi desesperada a  
los pueblos, sometiéndolos inconsultamente al  
imperialismo norteamericano y casi sancionado  
su posición económicamente colonial respecto  
de Wall Street. En la Argentina la situación  
ha sido otra en cuanto a las relaciones del país  
con el imperialismo, pero muy semejante a la  
de Bolivia y Perú en lo que respecta a la co-  
rrupción administrativa y a la violación de las  
leyes fundamentales de la república.

La Argentina, como país más organizado,  
parece haber encontrado pronto el camino ha-  
cia una solución constitucional, anunciando  
elecciones y estableciendo un gobierno provisio-  
rio que, presidido por un general, tiene, por ma-  
yoría de sus miembros componentes un carác-  
ter civil aunque de fisonomía derechista.

En Bolivia, la solución se ha encontrado en  
un gobierno militar, asesorado por elementos  
civiles, que va a convocar a elecciones, sin  
dejar lugar a tomar parte en ellas a las fuer-  
zas iniciadoras por el movimiento que enca-  
bezó Roberto Hinojosa, cuyo interesante pro-  
grama de política social y económica se ins-  
piró en la doctrina aprista.

En el Perú, donde Leguía sólo se sostenía  
por la fuerza, huérfano ya de toda simpatía de  
la opinión, su caída sólo podía producirse por  
una insurrección de la misma fuerza que lo  
apoyaba. El movimiento peruano ha sido, pues,  
el más característicamente militar de todos y  
el gobierno establecido, militar también aunque  
asesorado o tutelado por un grupo de elemen-  
tos de la fracción más reaccionaria del viejo  
partido conservador o Civil.

Ahora, la prensa europea que tanta impor-  
tancia dió a los recientes movimientos sud-  
americanos, dedica atención muy especial a la  
lucha interna del Brasil, más prolongada y  
más incierta en cuanto a sus resultados.

La causa de todos los movimientos polí-  
ticos que comento es, lógicamente, económica.  
Dependiendo nuestros países económicamente  
de la zona industrial del mundo, las crisis que  
sufrir el sistema capitalista, se han proyectado  
más o menos violentamente en los países cu-  
yas condiciones de resistencia eran menores.  
De acuerdo con esas condiciones, ha de ser su  
rehabilitación. Huelga decir que en cuanto a  
resistencia, ninguno de los países afectados por  
las convulsiones recientes está en la posición  
favorable de la Argentina.

Empero, surge otra consideración también  
de origen económico pero más digna de apre-  
ciarse como categoría política. Por lo menos,  
más visible como tal: las dictaduras en nues-



Por E. Amighetti

tros países son consecuencia de lo complicado  
de los problemas nacionales y de la incapaci-  
dad de los gobernantes para afrontarlos de  
acuerdo con nuestros sistemas de organización  
democrática. Debo advertir que no confundo  
el significado etimológico y jurídico del vo-  
cable dictadura, con el que resulta más aplica-  
ble a nuestra realidad, autocracia o tiranía,  
pero caigo en el pecado de uso, porque así,  
dictadores, llamamos en la América Latina a  
los que sólo son autócratas y tiranos.

Y la diferenciación es imperativa porque la  
dictadura, como institución romana, fue una  
forma transitoria, de emergencia, para casos  
determinados, en los que la deliberación podía  
implicar un riesgo para las urgentes necesida-  
des del Estado. Modernamente, dictadura,—pa-  
ra Marx todos los gobiernos de clase son dic-  
taduras,—supone organización, programa, dis-  
ciplina y, sobre todo: capacidad directora. En  
la América Latina, dictadura implicó justamen-  
te lo contrario: desorganización, ausencia de  
programa, indisciplina e incapacidad. Todas es-  
tas características de nuestras dictaduras, son,  
en mi opinión, resultado de la casi imposibili-  
dad de nuestros gobernantes impreparados y  
de mentalidad retrasada, para resolver progra-  
máticamente los problemas del Estado.

Estudiando con atención la organización po-  
lítica de los pueblos más avanzados creo ha-  
ber llegado a conclusiones que justifican un  
dicho no muy viejo ni muy popular entre nos-  
otros, pero sintomático, de que vamos en cami-  
no de descubrir una gran verdad. El dicho es  
éste: «Es más fácil gobernar a Inglaterra o  
a Francia, que a un país latinoamericano». De-  
claro que me parece muy bien porque el Es-  
tado, como institución, como instrumento, co-  
mo máquina, está ya hecho en los países que  
han culminado en su curva de desarrollo. Es  
complicado, difícil, como complicadas y difí-  
ciles son todas las máquinas modernas altamen-  
te perfeccionadas. En palabras simples, se pue-  
de decir que el Estado ya está listo. Su mane-  
jo requiere preparación, aprendizaje, pero, co-  
mo ocurre también en las máquinas completas,  
una vez conocido su mecanismo, el manejo es  
posible.

El Estado en nuestros países, como resultado

### CRISOL

Revista de Crítica

Director

JUAN DE DIOS BOJÓRQUEZ

Suscripción anual..... \$ 2.00

Apartado 1979.

México. D. F.

de nuestra indefinición, de nuestro constante  
desenvolvimiento, de nuestra incipiencia eco-  
nómica, en evolución permanente hacia formas  
superiores, no es una institución definida, no  
es una máquina lista. Es como una máquina  
en marcha que a la vez está en construcción.  
El conductor o maquinista, debe ser al mismo  
tiempo inventor. Requiere, pues, dos capaci-  
dades: la de creación y la de conducción. Re-  
curriendo a las imágenes,—con riesgo de caer  
en metáforas que recuerden a Núñez de Arce—,  
cabe comparar al Estado de los países que han  
llegado a grados superiores de evolución, con  
una locomotora que marcha sobre rieles,—su-  
jeta naturalmente a los riesgos de toda loco-  
motora que avanza y cuyo camino tiene, ade-  
más, un fin—, pero que es máquina más o me-  
nos segura cuyo camino ya está trazado y  
firme.

Nuestra locomotora estatal no está terminada  
y debe marchar. Al mismo tiempo debe cons-  
truir su propia vía. Y así, con altos e interrup-  
ciones, remiendos y rectificaciones, vamos zig-  
zagando, conducidos por maquinistas que  
deben inventar y construir, máquina y camino,  
y avanzar al mismo tiempo.

Como el problema es difícil, muy difícil, y  
la impreparación de los conductores grande,  
muy grande, hay que recurrir a la insurrección  
contra todas las leyes de la mecánica estatal e  
imponer arbitrariamente situaciones de fuerza.  
Nuestros gobernantes, a medida que deviene  
más difícil y complicada la tarea de abrir ca-  
mino y conducir, tratan de salvar su situación  
haciendo del instinto factor decisivo de gobier-  
nos. Y el instinto, como fuerza indeliberada y  
primitiva, sólo conduce a la indeliberación y  
al primitivismo que son características de nues-  
tras autocracias.

Por eso también, nuestras insurrecciones an-  
te las tiranías, son instintivas—indeliberadas y  
primitivas—, y cumplen en política la ley físi-  
ca de presión y reacción. Frente a tiranías sin  
programa, se alzan insurrecciones sin progra-  
ma. Ante gobiernos de mera fuerza, insurgen  
rebeliones de mera fuerza. A las ideas elemen-  
tales del tirano sólo hay que oponer ideas ele-  
mentales también, y a su fuerza, la fuerza.  
Como la fuerza y no las ideas es lo primordial  
de aquellas tiranías, es aquella y no éstas lo  
que obra, triunfa y se endiosa. El sable y las  
bayonetas no son por eso medio,—ni en nues-  
tras tiranías ni en nuestras revoluciones—, son  
fin.

Empero, las causas subsisten, permanecen.  
La realidad de nuestros países en plena forma-  
ción, su dependencia económica de organismos  
más vigorosos, más avanzados y más definidos,  
su débil mecanismo de resistencia y el choque  
constante de nuestras fuerzas propias,—inferio-  
res—, son las que llegan de fuera,—supe-  
riores—, plantean al Estado, producto o resul-  
tado de esa realidad, problemas sumamente  
graves en todo orden.

Y a pesar de todo, avanzamos. Que avan-  
zamos lo demuestra que cada día se hace más  
difícil para los partidos y gobernantes de men-  
talidad retrasada poder gobernar a nuestros  
pueblos. Hace cincuenta años, un criterio de  
propietario de feudo o de jefe de cuartel, po-  
día aplicarse al gobierno de un estado latino-  
americano. Hoy, nuestros países son algo más  
que latifundio o cuartel. Hombres y partidos  
sin una concepción clara y realista de nuestros  
problemas y sin métodos científicos de Gobier-  
no, sólo engendrarán nuevas tiranías. No de-  
penderá de su buena o mala voluntad, de su  
mayor o menor honestidad, dependerá de su  
capacidad, de su visión, de su sabiduría.